

## LA ESTATUA DEL SANTO

LA ALCAYNA —o, como realmente se llama, Entidad Urbanística Colaboradora de Conservación La Alcayna— se encuentra a diez kilómetros de Molina de Segura, el cuarto municipio en población de la Región de Murcia. Su término tiene una extensión de 169 kilómetros cuadrados, y está ubicado en la Vega del Río Segura, muy cerca de Murcia capital.

Quiero hacer esta presentación para que nadie suponga que los hechos aquí narrados acontecieron en una lejana ciudad de un lejano país, no. Sucedieron en el año 2005, en una calle de la citada urbanización, que no voy a citar, pero que los posibles curiosos encontrarán sin dificultad con tan sólo acercarse a este paradisíaco lugar.

¿O no tan maravilloso? Y no voy a criticar los incontables saltos y resaltos de la avenida principal, que convierten en un infierno conducir para entrar o salir de la urbanización. No, de esto no voy a hablar.

Todo comenzó con motivo de la I Semana Cultural de La Alcayna, que la Entidad Urbanística organizó con pretensión de continuidad en los siguientes años.

Eran muy diversos los actos. Un ciclo de conferencias de cinco días, unas muestras de artesanía, pintura y otras manualidades de los vecinos, todo ello a realizar en el recién estrenado salón parroquial, y un concurso de jardines y de cactus, semejante a los que se celebran en determinadas localidades de Inglaterra y que descubrí a través de las novelas de Agatha Christie y su singular Sra. Marple.

He de confesar que el concurso de jardines fue propuesto por su humilde servidor. Durante años, insistí en conocer determinados jardines por dentro, cansado de ver —a través de las vallas— simples retazos de hermosas plantas, de paraísos en miniatura, de cactus —sobre todo cactus— de los cuales estaba enamorado.

Las bases eran sencillas: los vecinos interesados se inscribían ante la Entidad Urbanística, en un determinado plazo, y el jurado elegido visitaría los jardines para su valoración. Inevitablemente, yo estuve en el jurado. Y, para mi suerte, la casa con el jardín de mis sueños se inscribió en el concurso. Entonces, estaba convencido de que sabían que ganarían.

Y, además, el tiempo acompañó. Había llovido extrañamente en las fechas anteriores, e incluso en los meses anteriores, y digo extrañamente pues todos

sabemos que en Murcia no llueve muy a menudo, lo cual no es impedimento para que proliferen los jardines de césped, que verdea rebosante de la escasa agua.

Fuimos visitando chalets hasta llegar al deseado por mí.

El edificio era un palacete que recordaba mucho la delicada sensualidad del mundo árabe, una profusión ornamental complicada hasta tal punto que no quedaba un solo espacio de los muros por decorar; celosías y un estallido de color en sus cerámicas; y agua, aquella casa parecía estar presidida por el agua, pues cientos, miles de canalillos llevaban la poética linfa desde su escondido origen hasta fuentes y surtidores, que creaban a su alrededor una orgullosa y exuberante vegetación, cuidada por las expertas manos de jardineros.

No pude evitar recordar las palabras del Corán, «pabellones bajo los que fluye el agua de los cuatro ríos de la vida», y acordarme de la Alhambra. Porque a aquel palacete se le conoce como Residencial Alhambra, con dos elevados alminares en la parte frontal, y donde predominaba la caligrafía cúfica que, ignorante de mí, no sé leer. Y las columnas. La entrada consiste en 124 esbeltísimas columnas de mármol que sostienen arcos morunos, exhaustivamente adornados con escritura caligráfica. ¡Cuánto me recordó el Patio de los Leones!

Una fuente de piedra, inesperadamente rodeada de doce quimeras, preside todo el entorno de bienvenida. De ella salen cuatro canalillos dispuestos en cruz que llevan el agua al vergel, aunque la parte del jardín que rivalizaba en belleza con el palacete eran los cactus y crasas.

Soy un amante de los cactus, lo reconozco. De esas plantas suculentas de singular aspecto que, exigentes en temperatura, no requieren excesivos cuidados, aunque La Alcayna no termina de ser un lugar idóneo para ellas. El pasado año vi los estragos que las heladas habían ocasionados en magníficos ejemplares de la familia *Cactaceae*. Una familia tan inmensa como la confusión que sobre su clasificación reina incluso entre los especialistas.

No os engaño si aseguro que continuamente aparecen especies de las que no se tiene constancia. Y en aquel paraíso, rodeando la estatua de lo que supuse un santo, encontramos acantos, aloes, cactus de navidad, monstruosos cardot, crásulas, un enorme cardón con su característica forma de candelabro, cilíndricos y punzantes asientos de la suegra, echeverias, kalanchoes, diferentes nopales, opuntias de todas las variedades, hasta algunas que pretendían ser yucas, una pita que emitía una gigantesca inflorescencia piramidal, avisando que estaba al final de su vida, plumillas de Santa Teresa, viejos hombres de los andes de melena desbocada, yucas que crecían a expensas de su roseta de hojas fuertes, largas y puntiagudas, comoafiladísimos cuchillos; era un paradisíaco jardín de cactáceas, bien solitarias, bien en rocalla, en círculos, agrupadas, alejadas.

Y, sobre todos sus hermanos, un saguaro adulto. Para los amantes de los cactus hablar de esta clase es hablar del gigante, que personalmente no había visto nunca antes en la Región de Murcia. Y aquel ejemplar debía de tener más de setenta y cinco años, que es cuando florece y produce sus semillas por primera vez, pero por su estatura —medía unos diez metros— supe que su edad era superior.

Estábamos a finales de junio y sabía que el saguaro florece de abril a junio, produciendo grandes ramilletes de flores blancas que cubren los extremos

del tronco y sus brazos (nunca tienen el primer brazo hasta los setenta y tantos años). Había leído que, al igual que la gran mayoría de los cactus, las flores se abren de noche y se marchitan al día siguiente, aunque ese espectáculo se repite noche tras noche durante unas cuatro semanas, pues su fruto madura durante los meses de junio y julio.

Aquel jardín, aquel ejemplar de saguaro me cautivó y supe a quién otorgaría mi voto. ¡Pero, desafortunado de mí, supe por la propietaria que posiblemente aquella era la última noche de floración!

Estábamos a punto de abandonar el idílico lugar, cuando me atreví a solicitar permiso a la dueña para venir durante la noche y fotografiar el espectáculo de flores del saguaro.

—¡Qué lástima! —me contestó la señora de la casa, junto a la fuente de las quimeras—. Esta noche, mi marido y yo saldremos.

Insistí e insistí. No podía dejar pasar aquella oportunidad de cazar las flores de un ejemplar tan magnífico.

Y tal fue mi insistencia, con el incondicional apoyo del presidente de la Entidad Urbanística, que la señora, de conformidad con su marido, un hombre enjuto y oscuro que apenas vimos entre las cortinas, me informó de algo que cambiaría mi vida.

—Esta noche, como todas las noches de junio, mi marido y yo solemos acudir a Murcia. Nadie más quedará en la casa, pues damos el día libre a los empleados... —por favor, por favor, rogaba yo, y se produjo el milagro—. Dejaremos un juego de llaves de la cancela exterior en las oficinas de la Urbanización. No se preocupe por los perros, quedarán encerrados a fin de permitirle que usted fotografíe nuestro cactus.

Y me dejó caer, como una melodía, una última petición.

—No olvide enviarnos una copia de esas fotos.

Prometí que las primeras serían para ellos y, por fin, los miembros del jurado de jardines abandonamos el palacete, pero mis ojos ya no vieron otro en toda la jornada. Les acompañé flotando sobre una nube de placer que se hizo casi físico cuando, a las diez de la noche, recogí las llaves del palacete de manos de uno de los vigilantes nocturnos de la entidad urbanística.

Entré directamente en busca del fantástico saguaro y no me percaté de la silenciosa quietud que reinaba en el jardín. Es un gran invento esto de las máquinas de fotografía digitales, sobre todo cuando el fotógrafo es —como lo era yo— un aficionado, aunque pudiera serlo destacado.

El tiempo corrió mientras colocaba dos trípodes, miraba a un lado y a otro, cogía perspectivas, vistas, y no reparé de qué forma ni cómo los perros de la casa salieron de su perrera, cuya alambrada tenía más de dos metros de altura. Tampoco advertí cómo se colocaron junto a mí, asustados, porque lo estaban, gimiendo y mirando con las orejas alerta en una y otra dirección.

Eran casi las doce cuando comencé a disparar.

No pueden imaginarse la belleza de aquel impresionante cactus. Bastaría decirles que en el primer año de vida sólo alcanza a medir unos seis milímetros. Que debería esperar quince años para verlo crecer hasta los treinta centímetros y que era ahora, en su madurez, con setenta y cinco años, cuando florecía para mí.

Enormes ramilletes de flores blancas cubrían los extremos del tronco y su brazo —capaces de absorber setecientos cincuenta litros de agua—, en un espectáculo sólo para mí. Era como esos castillos de fuegos artificiales que tanto me gustaban de niño, viéndome en la necesidad de rogar a mis padres que me dejaran levantado para verlos.

Tan absorto estaba en aquellos recuerdos mientras disparaba con una y otra cámara, que desconozco de dónde surgió una fina columna de humo, de confusas tonalidades verdes, que ascendía en espiral muy suavemente, contoneándose, bailando como bailan las cobras en la India. Y, efectivamente, adquirió la forma de una enorme, gigantesca serpiente, de una anaconda surgiendo de los pantanos de Sudamérica y, a la altura de mis ojos, se convirtió en una nube que inició un fantasmagórico descenso hasta el suelo.

He de confesar que tardé en ser dueño de mi voluntad, absorbida por las hipnotizantes tonalidades de la nube. Tras ella, se formaba un espanto que no distinguía, pero iba tomando forma, ocupando el lugar de la columna de humo en forma de serpiente.

No tengo miedo a nada que pueda entender, por espantoso que sea. Pero aquello no lo comprendía. Los perros escaparon, aullando de miedo. Su primigenio instinto animal les había puesto sobre aviso de algo que yo aún no captaba y, con los dedos crispados sobre la cámara, no comprendo aún cómo reaccioné a tiempo.

Inesperadamente, a una velocidad que escapaba al ojo humano, vi surgir de la nube una cabeza de serpiente que me atacaba, abriendo las abominables mandíbulas y mostrándome los terribles colmillos que goteaban un espeso veneno que creí verde.

¿Cómo extraje el machete de su funda? No lo sé. Pero reaccioné con una velocidad que nunca entenderé, ni tampoco de dónde saqué fuerzas para enfrentarme al abismo de lo desconocido. Golpeé una sola vez, pero certeramente, de abajo arriba, y el machete atravesó la mandíbula inferior y se clavó en la superior. En ese momento, supe que no emponzoñaría mis venas con su veneno, pero ahora debía librarme del helado abrazo que los anillos de la serpiente me estaban dando.

Luchamos, aunque era inevitable mi muerte ante la presión del espanto. Mi brazo derecho quedaba libre y con él aferré una piedra con la que golpear las escamas. Intenté recuperar el machete, pero me era imposible. Mientras rodábamos por el suelo, cada vez más prisionero de la abominable aparición, llegamos a los pies de la tarima donde se apoyaba la estatua del santo. Mi mano tanteó el frío mármol, que sentí caliente ante el helor de mi opresora, y sin explicación posible, empuñé una espada.

No era aquélla mi mano, ni era aquél mi brazo, ni eran aquéllas mis fuerzas. El espadazo vino acompañado del ardiente sonido de la hoja de la espada contra la carne y el hueso. Para cualquier otro ser, hubiese sido mortal; pero no para aquella abominación.

Pero fue suficiente para que me soltase. Y, reptando con la rapidez propia de una mamba negra, escapó hacia la casa.

Llené de aire mis pulmones mientras miraba en una y otra dirección. La nube verde se había disipado como un fantasma entre las nieblas de las ciénagas. Desde mi mano, la que empuñaba aquella desconocida espada, pero cuya empuñadura me parecía familiar, me ascendía una fuerza que me impulsó a hacer algo que jamás comprenderé.

Corrí tras el monstruoso animal de más de diez metros.

Saltando parterres, ascendí las escaleras que daban acceso a la casa, cuya puerta estaba abierta.

Entré, siguiendo el sangriento rastro en las escaleras, y la sangre se me heló en las venas.

Rodeadas de una decoración ininteligible, lo único que encontré fueron huellas ensangrentadas de pies descalzos. De pies humanos.

Se escuchó un gemido procedente de alguna de las desconocidas habitaciones, aunque me sonó como salido de algún sótano lejano.

La salvadora espada, cuya empuñadura me era conocida, se escapó de mi mano.

La locura cabalgó en mi entendimiento. Entonces corrí.

Y no he parado de huir.